

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 13, capítulo CCLXXV**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Jaime Olveda**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 13, capítulo CCLXXV**

**Anotado y revisado por  
Jaime Olveda  
(El Colegio de Jalisco)**

## **Capítulo CCLXXV**

**Se libera a González Ortega y a Patoni**

**Julio a septiembre de 1868**

## **CAPÍTULO CCLXXV**

### **SE LIBERA A GONZÁLEZ ORTEGA Y A PATONI**

**Julio a septiembre de 1868**

En ayuda del lector, le recordaremos que el 8 de enero de 1867 el Gral. Jesús González Ortega fue aprehendido junto con el Gral. José María Patoni en la ciudad de Zacatecas, cuando intentaban que se reconociera al primero como Presidente sustituto de la República.

Rodeados de una fuerte escolta, se les envió a la ciudad de Durango; en las inmediaciones de la misma cambiaron de ruta para dirigirse a San Luis Potosí, donde permanecieron unas cuantas horas y, finalmente, se les llevó a Saltillo. A fines de marzo de ese año se les trasladó a la ciudad de Monterrey.

Fue hasta el 16 de agosto que el ministro de Guerra, Gral. Ignacio Mejía, precisó la situación de estos detenidos, al hacer saber al gobernador y comandante militar de Nuevo León, Sr. Manuel Z. Gómez, que continuarían en prisión hasta que se instalara el IV Congreso y tomara posesión el nuevo Presidente que se elija, salvo que el Gral. González Ortega solicite se le inicie el juicio desde luego.

Informado de ello, el Gral. González Ortega contesta con una larga carta en que trata de justificarse, y lanza cargos personales contra Juárez, negándole la legalidad de su mandato.

Respecto al Gral. Patoni, el 6 de septiembre el ministro de Guerra comunicó al comandante militar de Nuevo León que lo podía poner en libertad, si bajo su palabra de honor se comprometía a presentarse a la ciudad de México. El Gral. Patoni se negó y prefirió continuar en prisión, lo que comunicó al gobernador Gómez en carta personal, porque no le reconocía carácter oficial a dicho funcionario.

Informado el gobierno federal resolvió, el 24 de noviembre, por

conducto del ministro de Guerra, que subsistía indefinidamente la decisión anterior y que en cualquier momento que lo deseara podría concedérsele al Gral. Patoni la libertad bajo su palabra de honor, y con el compromiso de presentarse en la ciudad de México.

Iniciamos el capítulo con esta carta; aunque parezca anacrónico, se prefirió formara parte de este volumen porque está más ligada a los acontecimientos a que se refiere este acervo de documentos.

Esporádicamente aparecían en los periódicos referencias a la situación de estos prisioneros y a la necesidad de que el Congreso se ocupara de su situación. Incidentalmente, en ocasión de debates sobre otros temas, se hacía mención de que se estaba examinando en sesiones secretas. Sin embargo, el Congreso nunca llegó a tomar decisión alguna, ni se hicieron públicos los indicios de que hubiera investigado, ni de que se hubieran pedido informes al Poder Ejecutivo; y mucho menos de que se hubieran tomado declaraciones a los detenidos.

De la multitud de gacetillas y artículos, algunos reservados, otros agresivos y carentes de argumentación, se destaca el remitido por un grupo de amigos del Gral. González Ortega, publicado en el periódico *El Globo* a mediados de enero.

A continuación reproducimos algunos de los párrafos salientes, toda vez que por su gran extensión no parece útil reproducirlo íntegramente. Después de hacer historia detallada a partir de noviembre de 1864, al referirse a la situación actual concluyen:

No insistimos más sobre este particular, porque no nos proponemos hacer cargos al Sr. Juárez, sino defender al Sr. (González) Ortega de los que tan injustamente se le han hecho. Creemos haber cumplido nuestro propósito. Creemos haber demostrado que el Sr. (González) Ortega no es culpable ni de abandono de la Presidencia de la Suprema Corte, ni de deserción de las banderas del ejército republicano; y que mucho menos puede haber incurrido en delito alguno por haberse considerado Presidente constitucional interino después del 30 de noviembre de 1865; de donde concluimos, como consecuencia última, que los

representantes de la nación deben declarar ahora que no hay lugar a proceder contra él, y que, por lo mismo, es el legítimo Presidente Constitucional de la Suprema Corte de Justicia, por no haber expirado todavía su período de seis años.

No se crea por lo dicho que ha sido nuestra mira venir a solicitar un puesto para el hombre a quien solamente hemos querido defender; por el contrario, consideramos digno y aprobaríamos que el Sr. (González) Ortega renunciara a la presidencia de la Suprema Corte. No somos de los que quieren constituir un ídolo de perfecta adoración en cada hombre público, en cada caudillo que con sus hazañas llega a ilustrar su nombre. No, nosotros creemos que en un país demócrata todo sale del pueblo y todo debe volver a él; que por eminentes que sean los servicios que un ciudadano haya prestado a la patria, una vez concluidos, debe tornarse a su hogar satisfecho de haber cumplido lealmente los deberes que la sociedad le impuso, y sin tratar de perpetuarse en una esfera de poder más elevada que el resto de sus conciudadanos. Pero creemos también muy justo que cada cual vuelva con la honra que haya sabido conquistar, y que mantenga y defienda esa honra como el más rico tesoro que puede legar a sus hijos. Por eso deseamos que el Sr. (González) Ortega vuelva al seno de su familia y entre sus amigos, libre y absuelto ya de los cargos que injustamente le ha hecho el gobierno, y que son ultrajantes a su dignidad y a su honor como hombre público y como soldado del pueblo.

La declaración de inculpabilidad, hecha por los representantes de ese mismo pueblo, será una honrosa satisfacción para el agraviado, a la vez que un homenaje rigurosamente debido a la justicia.<sup>1</sup>

También parece de interés reproducir párrafos de un documentado artículo del Lic. José Marcelino Burelo, que imaginamos sería residente

---

<sup>1</sup> *El Globo*, México, 19 de enero de 1868, pp. 1 y 2.

de San Juan Bautista, hoy Villahermosa; fue publicado inicialmente en el periódico *Grano de Arena* que se editaba en la capital de Tabasco y luego reproducido a fines de junio en *El Siglo Diez y Nueve*<sup>2</sup> en la ciudad de México. Con mucha elegancia inicia su artículo en esta forma:

En el palacio del obispado de Monterrey existe encarcelado un sujeto que fue reducido a prisión desde la ciudad de Zacatecas a las once y media de la noche del 8 de enero de 1867... Ese sujeto encarcelado, es el hombre ilustre que en Calpulalpan eclipsó, con su entonces afortunada estrella, la del valentísimo y desventurado Miramón. Ese sujeto encarcelado es el que, vencido en el Borrego, Puebla y Majoma, aún conserva sus inspiraciones republicanas. Ese sujeto encarcelado es, en fin, el Sr. don Jesús González Ortega.

Insiste a lo largo de su artículo en su admiración y respeto al Presidente Juárez. Paso a paso va siguiendo la situación de González Ortega desde su encarcelamiento y propone concretamente lo siguiente:

El ciudadano Juárez debe someterlo a juicio, cualquiera que sea el fallo que alcance; y si le fuese benéfico al preso ver el modo de arreglar, por la vía de concordia y de transacción, cualquier resentimiento que el hombre pueda tener por su prisión.

[...]

No debe vacilar en ello, teniendo en cuenta que el Sr. González Ortega no puede tener el invencible prestigio del que supo mantener incólume y desplegado el honor nacional ante los atrevidos marrazos de los zuavos. Que considere que si el Sr. González (Ortega) pudiera, estando libre, ser bandera de los intervencionistas y descontentos, empleando los recursos de su inteligencia y prestigio. En su prisión su misma desgracia puede servir de bandera para tales hombres, por lo que la desgracia tiene

---

<sup>2</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, México, 29 de junio de 1868, p. 3.

de simpática y conmovedora. Que medite que interesado con habilidad el patriotismo del ciudadano González Ortega por el avenimiento insinuado, es seguro que no saldrá de la esfera legal del obedecimiento, aun cuando la revolución lo llamase a su cabeza.

Hasta aquí hemos venido hablando bajo el supuesto que en el juicio saliese airoso el Sr. González (Ortega), mas no en el caso de que saliese quebrantado con la imposición de una pena.

Llegado este evento, estaríamos porque se le indultase, verificándose con él la transacción amistosa de que hemos tratado y que juzgamos prenda segura de la reconciliación entre él y el Supremo Gobierno.

Los detenidos, que por temporadas estuvieron incomunicados, no permanecieron en silencio y siempre que tenían oportunidad salían a la calle con escritos para protestar sobre su situación.

El 6 de mayo de 1868, el Gral. González Ortega remitió al *Periódico Oficial* del gobierno del estado de Nuevo León una "carta abierta" que publicó tres días después, en que explica la aparente inconsecuencia de negar la legitimidad del Poder Ejecutivo en septiembre de 1867 y en cambio dirigirse al Congreso de la Unión solicitando se examinara su caso. En resumen afirma, en su carta abierta, que no reconoce ningunos títulos a Juárez como Presidente de la República; en cambio, consciente del origen vicioso e ilegal en el Congreso de la Unión, los reconoce como representantes de un pueblo. El documento aparece completo en este capítulo, tanto por su importancia, como porque no lo hemos encontrado reproducido íntegramente en ninguna obra histórica.

Al mes siguiente el Gral. José María Patoni recurre también al *Periódico Oficial* del gobierno de Nuevo León y le envía una carta fechada el 29 de junio, explicando por qué continuaba en prisión, toda vez que en ese periódico se había publicado dos días antes una gacetilla, dando a entender que continúa preso por su gusto.

Hace un relato de los acontecimientos de fines del año anterior y



dice que no ha aceptado el ofrecimiento del gobierno federal de ponerlo en libertad porque ello traería implícito "la humillación, la degradación, el envilecimiento de mi persona". Continúa haciendo notar que no ha cometido ningún delito, porque de lo contrario ya se le hubiera llevado ante algún tribunal, y que en cambio lo que se pretende "es una humillación degradante".

Concluye su interesante carta diciendo que no es "una cuestión de gusto lo que me hace permanecer preso, sino una cuestión de justicia y de honor".

El 18 de julio el Gral. Ignacio Mejía se dirigió al gobernador del estado de Nuevo León, dándole a conocer la decisión del Presidente de la República de "que se sirva usted mandar poner al Sr. González Ortega en libertad, para que pueda dirigirse a donde quiera residir".

En la comunicación que se reproduce, el Gral. Mejía hace referencia a los antecedentes de la prisión del Gral. González Ortega y señala la decisión del gobierno de esperar que el Congreso de la Unión conociera del delito oficial de que se le acusó por el "abandono voluntario del cargo de presidente de la Corte Suprema de Justicia en las más graves circunstancias de la guerra".

En relación con el delito de orden común que se le atribuía al Sr. González Ortega de que, teniendo el carácter de general del ejército, "abandone en las mismas circunstancias la causa de la República, el Gobierno resolvió consignarlo al juez competente hasta después de las elecciones de Presidente de la República".

Hace notar que el Congreso de la Unión no se ha ocupado de esta cuestión y ya que se ha logrado la pacificación general del país al aplastar diversas sublevaciones, estima que poner en libertad al Gral. González Ortega no representa ningún peligro.

En esa misma fecha el ministro de Guerra señala que, dado "que han terminado los trastornos públicos derivados de algunas sublevaciones, no considera necesario que el Gral. Patoni se traslade a la capital de la República y, por lo tanto, se le instruye para que ponga en libertad al Gral. Patoni para que pueda dirigirse a donde quiera residir".

Tan luego el Gral. Gerónimo Treviño recibió las comunicaciones

anteriores, dispuso su cumplimiento, por lo que el 1º de agosto comunicó por escrito al Gral. González Ortega la que le correspondía. El zacatecano devolvió la nota, toda vez que en ella se hablaba de los cargos que se le hacían y pregunta de palabra si no obstante ello quedaba en libertad. Habiéndosele contestado afirmativamente, dejó la prisión y se trasladó a la ciudad de Saltillo, donde lanzó un manifiesto de extraordinaria importancia, que se reproduce íntegro en este capítulo.

Hace en él un breve relato de las circunstancias que motivaron el que hubiera recobrado la libertad, y analizando la situación política nacional apunta que "el orden de cosas establecido actualmente es un hecho consumado que descansa en gravísimos y vastos intereses".

Señala que instalado el Congreso y la Suprema Corte de Justicia de la República, ninguna voz se ha levantado protestando contra los decretos de 8 de noviembre de 1865 ni contra su prisión.

Que tampoco se ha escuchado la acusación que hizo ante la representación nacional en contra del Presidente Juárez.

"He quedado, pues, solo —dice González Ortega—, absolutamente solo y sin más círculo que el que forma una conciencia tranquila, cuando según ella se ha llenado un penoso y difícil deber".

Sigue con una gran serenidad, y en plan de altura, examinando la situación, y concluye que, siéndole imposible defender con razones y no con las armas la causa que él considera justa, resuelve abdicar su posición "cuando la nación toda lo exige así, por medio de multitud de hechos que ha sancionado y, al abdicarla, he adoptado el medio que va más en armonía con los intereses públicos".

Más adelante el manifiesto alcanza un tono de grandeza y González Ortega se sublima, y al dirigirse a la nación lo hace en actitud patriótica.

Es, indudablemente, la última ocasión en que el triunfador de Calpulalpan habla para toda la nación y, por fortuna para sus legítimos merecimientos, adopta una posición razonada y de beneficio nacional.

Tan luego se conoció el manifiesto en la ciudad de México, fue comentado por toda la prensa en forma elogiosa, reconociendo la actitud sensata adoptada por González Ortega.

Parécenos útil reproducir algunos párrafos del editorial que el gran periodista Francisco Zarco dedicó para examinar tan importante documento:

El manifiesto que el 19 de agosto ha dado a luz en el Saltillo el Sr. don Jesús González Ortega es un documento de suma importancia en las circunstancias presentes, porque viene a poner el sello, por decirlo así, a la obra de la pacificación general, y porque hace cesar toda controversia capaz de suscitar diferencias en el partido liberal y aumenta la fuerza moral del gobierno de la República, desapareciendo las pretensiones de la única entidad que parecía disputarle sus títulos de legitimidad.

Lo que da más valor al manifiesto del Saltillo es la espontaneidad con que lo ha expedido su autor, y también la ninguna necesidad que tenía de dar semejante paso. Al volver a la libertad, sin habérsele impuesto condición de ninguna clase, se ha creído obligado a dirigir la voz a la nación, y lo ha hecho de una manera digna y decorosa, renunciando a títulos que creía tener y que la misma nación nunca reconoció. Hay en todo el manifiesto un tono de gusto, sinceridad y buena fe, que hace recordar con gusto al caudillo de Calpulalpan y olvidar al aspirante a la Presidencia.

Buena y patriótica es la resolución de someterse a la voluntad nacional, y el patriotismo y el buen sentido han guiado al Sr. González Ortega, al reconocer lo que él llama hechos consumados y lo que la mayoría del país reputa con razón como simple continuación del régimen legal.

[...]

La sumisión del Sr. González Ortega es un hecho de grande significación política, porque viene a ser una prueba más de que se adelanta en la obra de la reorganización política y social, y de que ha pasado, para no volver jamás, la época de las asonadas y de los pronunciamientos.

Cada adelanto que se obtiene en la pacificación inspira

halagüeñas esperanzas y hace más imprescindible el deber del Gobierno de procurar la unión del partido liberal y de dedicarse con afán a la reorganización administrativa y a las mejoras materiales en beneficio de los pueblos. Cada dificultad que desaparece deja más expedito el camino que debe seguir el gobierno.<sup>3</sup>

No cabe duda que la larga prisión permitió a González Ortega examinar cuidadosamente la situación nacional, llegando a conclusiones que puso en práctica tan pronto alcanzó la libertad. Con excepcional nobleza y en digna actitud, pero al mismo tiempo cordial, escribió el 31 de agosto, desde Saltillo, una extraordinaria carta a Benito Juárez.

Dando por hecho que Juárez conoce su manifiesto del 19 de ese mes, ofrece sus servicios siempre que el encargo que se le dé no lo "envilezca o degrade"; resuelto a radicarse en Saltillo, ofrece a Juárez que, si lo estima conveniente, abandonará el país para radicarse en el extranjero y, por último, anuncia que, como simple ciudadano, está dispuesto a sostener relaciones con el gobierno establecido.

Inmediatamente que Juárez recibe la carta anterior, la contesta en forma breve. Respecto al manifiesto, considera que "ha sido dictado por un buen deseo".

No encuentra razón alguna que justifique la necesidad de que abandone el país; el gobierno acordó que quedara en completa libertad para fijar su residencia en donde le pareciera conveniente.

El 9 de septiembre inmediato, sin esperar respuesta de Juárez a su carta anterior, le escribe nuevamente desde Saltillo indicándole que ha decidido radicarse en esa ciudad, no obstante que algunos amigos lo llaman e incluso el Gobernador desde Zacatecas le ofrece escolta.

Hace historia sobre una deuda que adquirió a nombre del gobierno y pide se le cubra el importe para poderlo restituir a los acreedores, más un rédito de 1.5%, toda vez que él está pagando ese interés y aun el 2% en algunas de las partidas.

---

<sup>3</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, México, 3 de septiembre de 1868, p. 3.

Juárez contesta el 22 de septiembre señalando que está conforme en que se cubra ese crédito, y que ya da instrucciones al secretario de Hacienda; pero le advierte que no será posible se cubran los intereses que solicita, no tanto por su cuantía, sino por el hecho de que establecería un precedente inconveniente para la nación, pues en ninguno de los adeudos similares se han pagado intereses.

Concluye este capítulo con la circular que expidió González Ortega el 17 de septiembre, desde Saltillo, y que hizo publicar en los periódicos de esa ciudad y en la de Zacatecas. Llama a sus acreedores y les pide que presenten a su hermana María de Jesús, que radica en Zacatecas, o a él, toda libranza y pagaré pendiente de pago, para ser repuestos "con otros documentos de fecha actual firmados de mi puño y letra"

Termina la circular con una reflexión que vale la pena reproducir:

No debe extrañarse lo inusitado del contenido de esta circular, si se atiende a lo excepcional de mi situación pasada y, hasta cierto punto, a lo excepcional de mi situación presente.

## PUEDE DARSE LA LIBERTAD A PATONI CUANDO LO DESEE

Ciudadano comandante militar  
del estado de Nuevo León  
Monterrey

Me transcribió usted, en su oficio relativo de 23 de septiembre último, la carta que escribió a usted en aquella fecha el Sr. don José María Patoni, acerca de lo que comuniqué a usted el día 6 del mismo mes, para que se le pusiera en libertad bajo la prevención de presentarse ante el gobierno.

Parece lo más regular, en el caso, que subsista lo que se dispuso entonces, con el único espíritu de mejorar la condición del Sr. Patoni, bien para que él pudiese promover en esta ciudad lo que creyera oportuno, o bien para que cuando estuviera aquí se determinase respecto de él lo conveniente.

Por lo mismo, el ciudadano Presidente de la República ha acordado se sirva usted hacer saber al Sr. Patoni que, conforme a lo dispuesto en 6 de septiembre; cuando él quiera lo pondrá usted en libertad para que venga a presentarse ante el Gobierno.

Independencia y Libertad. México, noviembre 24 de 1867.

*(Ignacio) Mejía*

## LA PACIFICACIÓN

(24 de julio de 1868)

Vemos con placer que en poco tiempo se ha adelantado muchísimo en la obra de la pacificación de la República y debemos hacer notar que resultado tan satisfactorio no se ha conseguido a costa de grandes gravámenes para el erario ni de sacrificios de la libertad. El gobierno, sin traspasar los límites de sus facultades ordinarias, ha podido desplegar fuerzas y actividad contra los que alzaron el estandarte de la rebelión; no ha tenido que celebrar ruinosos contratos para proporcionarse recursos con qué atender a los gastos de la campaña y ni siquiera ha hecho uso de las autorizaciones que le otorgó el Congreso para suspender las garantías individuales. En efecto, para perseguir y derrotar a los facciosos no ha habido necesidad de prisiones y de destierros por motivos políticos, y las poblaciones no han sufrido, como en otras épocas, las plagas de la leva, de los embargos, de los préstamos forzosos y de las contribuciones extraordinarias. El gobierno con sus recursos comunes ha podido hacer frente a la situación, va venciendo a los rebeldes, y en poco tiempo, no hay que dudarlo, habrá afianzado la paz en toda la nación.

Todo esto está revelando un verdadero progreso, todo esto se debe principalmente al buen sentido del país, que se muestra cansado de trastornos, que nada espera de las revueltas y profesa adhesión sincera al orden legal.

Nunca creímos que las últimas perturbaciones llegaran a producir una conflagración general, nunca temimos que se amalgamaran los progneos elementos del desorden que saltan a la arena. Teníamos confianza en la solidez que han adquirido las instituciones y en la disposición general del país a sostener a todo trance el orden legal.

No nos hemos equivocado en nuestras previsiones, y creemos de

nuestro deber hacer notar que para ir restableciendo el orden y afirmando la legalidad no se han necesitado medidas excepcionales, ni disposiciones arbitrarias. Ante la ley y sólo ante la ley, se van disipando los elementos de desorden que no pueden ya condensarse hasta el grado de ser un amago para la sociedad y las instituciones. Recuérdese lo peligroso que era antes la asonada de menores proporciones y los mil conflictos que producía y se reconocerá que la situación actual es un positivo progreso que revela la solidez y la estabilidad del régimen republicano y es tan honrosa para el país como para el gobierno que debe su origen al sufragio popular.

El país está fatigado de la guerra civil, anhela reposo, aspira al orden y la paz, y si desea cualquier cambio, no quiere alcanzarlo sino por medios pacíficos y legales. Este es un hecho muy importante del que resulta que toda revolución es imposible, y que todo regenerador político, que a las armas apeló, ha de quedar reducido a la miserable condición de capitán de bandoleros.

No ha sido otra la suerte de los que, alucinados por torpes ambiciones y sin conocer el profundo cambio que se ha operado en el país, se lanzaron últimamente a acaudillar movimientos revolucionarios. Cada grupo de descontentos tuvo hace pocos meses su representante armado al frente de gavillas más o menos numerosas; pero estas chusmas han tenido que irse dispersando no sólo ante la persecución de las tropas del gobierno, sino bajo el peso de la reprobación nacional. Han encontrado no ya indiferencia, sino verdadera hostilidad de parte de las poblaciones, y donde ha habido que emprender operaciones militares, todos, desde el rico propietario hasta el pobre jornalero, se han puesto del lado del gobierno y de la ley.

Pacificados los estados lejanos de Yucatán y Sinaloa, donde por vez primera se ha hecho sentir el poder protector de la autoridad de la Unión, estallaron a un tiempo las sublevaciones de Aureliano Rivera, de Negrete, de Julio López y de los reaccionarios de la Sierra de Querétaro. Todos estos nubarrones que aparecieron a un tiempo en el horizonte, no produjeron la tempestad que anunciaban siniestros augurios, y puede decirse fundadamente que antes de mucho reinará la paz en toda la



República.

Negrete, batido siempre y huyendo de las tropas del gobierno, se ha quedado solo, y gracias a sus volubles antecedentes, se ve rechazado hasta por los disidentes de la Sierra de Puebla, que creen perjudicar y deshonorar su causa admitiendo en sus filas al ex-ministro de la Guerra. Negrete no llegó a proclamar ningún plan político, parecía dispuesto a obrar a merced de las circunstancias, y tuvo que unirse con bandidos y plagiarios de manera que su derrota ha sido un paso importante para el restablecimiento de la seguridad en las haciendas, en los caminos.

Aureliano Rivera, torpemente engañado por hombres menos atrevidos que él, se ha encontrado completamente aislado y, según parece, solicita ya de la clemencia del gobierno pasaporte para emigrar de la República. El antiguo caudillo popular de Ajusco ha visto la diferencia que hay entre combatir contra la reacción y el extranjero, y alzarse contra el orden legal. Representaba el descontento contra los decretos de 8 de noviembre, en que el Sr. Juárez prorrogó su mandato presidencial, decretos que, de la manera más explícita, han sido aprobados por la nación entera. El antiguo guerrillero engañado, desorientado, llamaba al poder al Gral. González Ortega y no ha encontrado una voz que le haga eco en todo el país. El triste resultado que ha tenido para sus autores este movimiento revolucionario, ha venido a ser una nueva confirmación de la legitimidad del gobierno, legitimidad que salió triunfante en las últimas elecciones.

Los facciosos de la Sierra, que no tienen ya un Mejía que los acaudille, al pronunciarse en Jalpan, proclamaron a Márquez y la Regencia instituida en el postrer decreto del Archiduque austriaco y como vieron que este plan no halagaba ni a los mismos reaccionarios, invocaron a Santa Anna como dictador, prometiendo, al cabo de algunos años del ominoso yugo que ya conoce el país, un Congreso nacional y una Constitución republicana. Este cambio de plan de los sublevados de la Sierra, demuestra hasta qué punto está desacreditado y aborrecido el principio monárquico. Una sublevación de la Sierra era antes cosa formidable que comprometía la existencia de los gobiernos y les imponía enormes sacrificios de hombres y de dinero. Se emprendían campañas

interminables, y el espíritu de contemporización hacía que los gobiernos pasaran por todo género de abusos y de despilfarros. Ahora nada de esto ha sucedido: encomendada la dirección de la campaña al patriota Gral. Escobedo, sus hábiles y acertadas combinaciones estratégicas han bastado para sofocar la rebelión en su propia cuna y no dejaría extenderse ni ramificarse. A lograr este objeto han cooperado eficazmente con sus guardias nacionales los estados de San Luis Potosí, Guanajuato y Querétaro, cuyos gobiernos han comprendido la necesidad y el deber en que están de ayudar al gobierno de la Unión a mantener y asegurar el orden.

Julio López ha terminado su carrera en el patíbulo. Invocaba principios comunistas y era simplemente reo de delitos comunes. La destrucción de su gavilla afianza la seguridad de las propiedades en importantes distritos del estado de México. En este estado, como en otros muchos de la República, tiempo vendrá en que sea preciso ocuparse de la cuestión de la propiedad territorial; pero esto por medidas legislativas dictadas con estudio, con calma y serenidad, y no por medios violentos ni revolucionarios.

El principio monárquico tenía un dignísimo representante en los cerros y en los vericuetos de los caminos. Era el Gral. Gálvez, antiguo compañero de Butrón el bandolero de Monte de las Cruces. Era el malhechor que admitió primero en pasarse al enemigo y en dar el ejemplo de la traición en el ejército. Era el bandido y el traidor Gálvez con quien el Gral. Forey y el mariscal Bazaine tuvieron la honra de fraternizar, y a quien S. M. Napoleón III envió la cruz de caballero de la Legión de Honor. El primer traidor al frente del enemigo ha sido el último adalid armado de la monarquía. Gálvez ha sido ajusticiado por sus delitos del orden común. La Europa monárquica debe llorar a lágrima viva la muerte de este malhechor; los templos reaccionarios deben hacerle honras fúnebres, porque entre todos los bandidos y plagiarios que han infestado el país, él fue el único que se atrevió a proclamar sin embozo la restauración del trono. La reacción debe ensalzarlo como un nuevo Monk frustrado por la fatalidad, y elevarlo al rango de los héroes y de los mártires. La ejecución de Gálvez ha coincidido con la celebración

de honras fúnebres por Maximiliano en algunos templos de esta capital y de otras poblaciones. Estas manifestaciones políticas en que nada hay de religión ni de piedad, y que con gusto vemos que han sido toleradas por la autoridad, son las que convienen al partido de la traición. Ante el triunfo y la estabilidad de la República no les queda más que cantar *de profundis* sobre las ruinas de la monarquía.

La dispersión de la única gavilla que se declaró monarquista, y la ejecución de su jefe, son hechos demasiado significativos y que vienen a demostrar una vez más que en México no es una minoría opresiva la que sostiene las instituciones republicanas.

Mucho se ha adelantado en la pacificación de la República, y el gobierno debe perseverar en la continuación de su obra, seguro de contar con el apoyo de la opinión pública y con la cooperación de todos los hombres de bien.

Como resultado de la derrota y dispersión de los facciosos quedan en los caminos cuadrillas de ladrones y plagiarios, cuyo exterminio es de imprescindible necesidad y puede lograrse fácilmente si en todas partes se organiza la guardia nacional conforme a la ley, y si en cada estado se forman fuerzas rurales de seguridad.

De carácter político sólo quedan algunas dificultades en los estados de Puebla y de Guerrero, y es de esperar que el gobierno las allane por medios conciliadores y sin efusión de sangre. En Puebla se trata de sostener la legalidad de los poderes del estado, y el gobierno de la Unión cumple con un deber constitucional auxiliando a autoridades que emanan del voto popular pero (sic) si al hacerlo puede evitar la guerra civil, prestará un gran servicio al país.

En Guerrero, después de la sumisión del Gral. Jiménez, sólo se trata de asegurar al pueblo la libertad electoral para que vuelva al régimen constitucional de que disfrutaban todos los estados y, no hay que olvidarlo, asegurar la libertad electoral en el estado de Guerrero, vale tanto como hacer entrar en la Unión aquellas ricas comarcas, como llevarles el progreso y la civilización y como extinguir el último cacicazgo, cuya existencia es incompatible con las instituciones

republicanas y con el decoro y la respetabilidad del gobierno.

*Francisco Zarco*

EL GRAL. GONZÁLEZ ORTEGA INSISTE EN NEGAR  
LEGITIMIDAD A LAS AUTORIDADES EN FUNCIONES

Prisión del Obispado en Monterrey, mayo 6 de 1868

Señores redactores del *Periódico Oficial*  
Presentes

Muy señores míos:

Remito a ustedes esta carta abierta y por conducto del comandante de la fuerza que custodia este punto:

"En el último número del *Periódico Oficial* del gobierno de este estado, que recibo con exactitud y regularidad, he leído un artículo suscrito por la redacción, relativo a mi persona y con referencia a las autoridades de este estado, y otro tomado de algún diario de la capital de la República aceptando sus ideas el mismo *Periódico Oficial* y acompañándolas de un preámbulo. Estas y otras razones me hacen dirigir a ustedes las líneas siguientes por si tuvieran a bien publicarlas, para que pueda verse el negocio pendiente bajo el punto de vista en que lo coloca la verdad y los intereses públicos.

Se dice: que en la carta que remití al Sr. Lic. don Manuel Z. Gómez, desconocía al gobierno general y a todas las autoridades de la República, y que como la representación nacional dimanaba de la convocatoria, cometo una inconsecuencia notable al dirigirme a ella.

Este argumento está contestado, en la nota que remití a la Cámara, de un modo claro y quizá concluyente en mi humilde concepto. Ratificaré en otra forma mis conceptos.

He desconocido a la dictadura que se criara (sic) en el Paso del

Norte y en consecuencia a sus agentes y colaboradores, porque ese era mi deber, y porque esa dictadura destruía moralmente la base de la República y su sosiego y futura paz. Dije en la carta que se cita: «ningunos títulos, determinados por la ley, tiene el Sr. Lic. Juárez para convocar al pueblo a la elección de sus autoridades y funcionarios». También sostengo esta tesis en la nota, y precisamente es el fundamento de la acusación que dirijo en contra de aquel alto funcionario. Dije igualmente en la carta: que la dictadura era viciosa en su origen y en consecuencia todo lo que de ella emanara. También sostengo estos conceptos en la nota; pero si reconozco un origen vicioso e ilegal en la Cámara por lo que toca a la ley que convoca a sus miembros, no desconozco en ellos a los representantes de un pueblo, y muy especialmente cuando se colocan en el terreno político que les señalan las leyes constitucionales del país, y no en el revolucionario que les marca la convocatoria. Así lo digo de un modo expreso y terminante en el último de dichos documentos. ¿Dónde está, pues, la inconsecuencia?

Además habiéndome colocado en la liza de los hechos para salvar los fueros de la ley hasta que mi conciencia y los mismos hechos me pusieron un límite, he tenido necesidad, en obsequio de la paz y del honor de México, de dirigirme a alguien, para que resuelva esa cuestión en los tribunales que han abierto en la República el poder de la razón y la antorcha de la filosofía, y ese alguien no puede ser otro que la representación nacional.

Creer que el tiempo puede resolver estas cuestiones con sólo aplazarlas, es en mi concepto un error. Cuando la verdad es envilecida y ultrajada por los hombres; y se echa un velo sobre ella para hacerla enmudecer y afianzar de este modo los triunfos adquiridos, otros hombres y otras épocas, si no es que las mismas, vienen infaliblemente a reivindicarla, porque ella se sobrepone al poder de los hombres, sobrevive a los tiempos, y es un lábaro constante en todos ellos que adquiere mayor prestigio a proporción que se le desprecia o se le persigue.

Si una revolución armada viniera a derrocar hoy al Sr. Lic. Juárez, en uso de ese derecho de que él ha usado y al que ha dado el prestigio momentáneo de la victoria, aun cuando esa revolución tuviera por objeto

salvar la ley y colocar en el poder a las personas que ella señala, sería también una gran desgracia, porque entre nosotros adquiriría más y más prestigio las revoluciones, y dejaríamos sancionado ante el mundo y ante nuestra propia conciencia que es una quimera la República que proclamamos, y bellas teorías pero mentidas realidades los principios en que se funda y fuerza que de ellos se desprende, porque nuestro derecho público es únicamente la fuerza, porque los tribunales que únicamente tenemos son la fuerza, y nada más que la fuerza.

Si la ley se salva, lo que juzgo por ahora muy difícil sin que truene un solo cañón, sino el de la prensa y el de la tribuna, la República vive, la República se halla establecida entre nosotros. De lo contrario, debemos convencernos, aunque nos sea amargo y doloroso, que después de medio siglo, ni hemos conquistado la libertad, ni fundado la República.

Por lo que a mí toca, ninguna, absolutamente ninguna dificultad presenta la situación bajo cualquier aspecto que se vea. He aquí la prueba.

Como es notoria la pequeña y humilde página de mi vida pública, tengo derecho a exigir que se me crea. He protestado, pues, ante la Cámara renunciar inmediatamente ante ella misma los títulos que me dio la nación, siempre que a la ley se devuelvan sus fueros y preeminencia, cuya exigencia no es oficiosa sino el resultado del deber que me impuso el voto de los pueblos; y en el supuesto que se resuelva de un modo contrario a los intereses del derecho y de la ley, he protestado también ante la Cámara devolver al pueblo moralmente los títulos y poderes que me dio y no apelar ni en este caso a medio alguno Violento o revolucionario.

Si el derecho es todavía una quimera entre nosotros, si están lejanos los tiempos en que la fuerza bruta debe abandonar el primer término que ocupa entre nuestros elementos políticos; si aún no llega la época, que he esperado para mi patria, risueña y feliz, de paz y de progreso como la en que ha vivido la poderosa nación vecina; si esa época sólo ha existido por ahora en las regiones de mi cerebro, hoy que me ha tocado en la escena un papel pasivo, estoy contento con sólo haber iniciado esa época en el mundo de la práctica y de la realidad, con

mi dilatada prisión y con lo que me reserva la injusticia y las tendencias de mi época; estoy contento con haber tenido fe en los principios de mi credo político; estoy contento con haber esperado o exigido el triunfo de la ley y del derecho, aunque haya tenido y tenga la evidencia de que no vendrá por hoy.

Sólo desnaturalizando mis palabras y mis ideas pueden inferirse, de un modo violento e inusitado, los conceptos que se estampan en el artículo inserto en el *Periódico Oficial*.

Léase mi nota; y si se descende al fondo, se verá que la cuestión que se ha querido resolver, sobre mi honor de autoridad de la nación con mengua de los intereses de ésta, la he colocado en el punto que reclama la verdad histórica para su resolución; y se verá también que he dado el elemento necesario para que pueda realizarse esta última en el terreno puramente moral y político, de un modo que me ponga a cubierto de toda complicidad en la violación de la Constitución, y en los trastornos a mano armada que esto puede ocasionar trastornos que ni autorizo, ni he autorizado, ni mucho menos acaudillaré.

"Dando a ustedes anticipadamente las gracias por su deferencia e imparcialidad, me ofrezco a sus órdenes como su servidor.

*Jesús González Ortega"*



## EL GRAL. PATONI EXPLICA POR QUÉ CONTINÚA EN PRISIÓN

Prisión de Monterrey, junio 29 de 1868

Señor redactor del *Periódico Oficial*

Muy señor mío:

Haciendo uso de la generosa oferta de usted, le remito las siguientes líneas que son una observación a uno de los puntos que usted toca en su artículo "los Sres. Ortega y Patoni", publicado en el número 93 del periódico que usted redacta, correspondiente al 27 del corriente, para que, si usted lo tiene a bien, les dé un lugar en las columnas del próximo número.

Dice usted, señor redactor: "bueno será que consignemos en estas líneas, ya que se trata de decir la verdad, que el Sr. Patoni hace mucho tiempo estaría en libertad con sólo haber empeñado su palabra de presentarse a México. Así se le ofreció por orden suprema, pero no quiso acceder probablemente porque así convendría a sus intereses."

Esto es exacto, exactísimo, y ni una palabra tendría yo que decir si no añadiera usted:

"Por manera que si —lo que no es cierto— estuviera reducido a vivir con su esposa en una pieza de cuatro o cinco varas cuadradas, sería por su gusto, puesto que ha querido participar de la suerte de su amigo y compañero de infortunio."

Aquí está el error, porque no hay ni puede haber gusto en estar preso, y mucho menos por tiempo indefinido, sea cual fuera la capacidad de la pieza que sirva de prisión.

Como nunca he escrito para el público, y como, además, carezco de la capacidad y conocimiento que para ello se requieren, esta tarea es

para mí en extremo dificultosa, y para facilitármela copiaré de mis apuntes lo que creo relativo y conducente:

Junio 10. de 1868.

"Han transcurrido cinco meses desde que suscribí lo anterior. En aquel tiempo abrigaba la esperanza de estar muy pronto en posición de publicarlo, pues se hablaba mucho de orden constitucional, y por consiguiente de garantías individuales. Yo sólo quería justicia, no gracia. Pero fue vana mi esperanza. La realidad no ha estado de acuerdo con el derecho, de ello sigo presentando, a la par que otros, un ejemplo vivo."

En seguida enumeraré, aunque sucintamente, algunos de los hechos ocurridos en este período.

El 4 de diciembre (de) 1867 tomó posesión del gobierno de este estado, el Sr. Gral. don Gerónimo Treviño.

El 8 accidentalmente supimos que, después de once meses de prisión, estábamos comunicados, esto es, que las personas que quisieran visitarnos podían hacerlo con sólo el permiso del oficial de guardia, a lo que quedó reducida aquella ampliación, pues cuando el Sr. Ortega demandó al jefe de este punto si podía ya hacer uso de los medios legales para su defensa, le contestó negativamente.

Tres meses después otro accidente nos hizo saber que estábamos nuevamente incomunicados.

¿Por qué estuvimos incomunicados por primera vez?, ¿por qué semicomunicados? y ¿por qué incomunicados por segunda vez? Nada sé, porque nada se nos ha dicho, ni nada dice la Constitución de 57, ni el manifiesto del actual Congreso general, ni las luminosas circulares del Sr. Vallarta, que puedan indicármelo.

El 30 de diciembre recibí una comunicación del ciudadano gobernador del estado. Sobre su contenido quise tener una explicación con el Sr. Treviño, de quien solicité, por conducto del señor oficial de la guardia que nos custodia, una entrevista. El día que, en la casa de gobierno, debía haber tenido su verificativo, me enfermé, y di aviso oportunamente de no poder concurrir.

En esos mismos días se nos dijo que estábamos para ser puestos en libertad, por lo que preferí esperar ésta a entrar en explicaciones sobre tan

enojoso asunto.

La citada comunicación es como sigue:

"Con fecha 24 de noviembre último dice a este gobierno el ciudadano ministro de Guerra y Marina lo que sigue:

«Me transcribió usted en su oficio relativo de 23 de septiembre último la carta que escribió a usted en aquella fecha el Sr. don José María Patoni acerca de lo que comuniqué a usted el día 6 del mismo mes para que se le pusiera en libertad, bajo la prevención de presentarse al gobierno.»"

Parece lo más regular, en el caso, que subsista lo que se dispuso entonces. (Que dice a la letra: el ciudadano Presidente de la República se ha servido acordar quede en libertad el ex Gral. don José María Patoni, a fin de que, bajo su palabra de honor, venga a presentarse al Supremo Gobierno.)

Siendo así como en mi contestación del 23 de septiembre he manifestado ya las razones que me asisten para no aceptar una libertad condicional, nada me queda que añadir.

"Con el único espíritu —sigue diciendo— de mejorar la condición del Sr. Patoni, bien para que él pudiera promover en esta ciudad lo que creyera oportuno, o bien para que cuando estuviera aquí se determinara respecto de él lo conveniente."

Sería muy de estimarse tan buena disposición (si) en ella no encontrase implícita la humillación, la degradación y el envilecimiento de mi persona.

"Por lo mismo, concluye, el ciudadano Presidente de la República ha acordado se sirva usted hacer saber al Sr. Patoni que, conforme a lo dispuesto en 6 de septiembre, cuando él quiera lo pondrá usted en libertad para que venga a presentarse ante el gobierno."

Como se ve, esta última parte de la comunicación encierra el siguiente dilema, que es un verdadero tormento inquisitorial: o crear voluntad de ir a México, o permanecer preso indefinidamente.

¿Se pretenderá en el último tercio del siglo XIX ejercer poder sobre la facultad de pensar, puesto que tan atroz violencia se hace a mi voluntad?

Si son mis delitos, si son mis crímenes, si es la vindicta pública, en fin, los que demandan mi presencia en México, ¿por qué no se ha ocurrido al medio, bien expeditivo, con que se me condujo aquí, que es el puesto en uso para trasladar a los reos?

Pero no, aquí no hay crímenes ni delitos, no hay justicia ni gracia, lo que de mí se pretende, y que nadie tiene derecho para esperar, es una humillación degradante.

Esto no es orgullo presuntuoso y necio. Pero si la independencia y la dignidad en un ciudadano, han llegado hoy a ser lo mismo que crímenes atroces, que merezcan prisión perpetua, yo la acepto.

Antes de concluir recordaré que dentro de nueve días hará año y medio que estoy preso y que durante todo ese tiempo no he conocido juez ni acusador, ni ha habido quien me diga cuál es mi delito.

La falta de juez yo me la explico por la falta de delitos; si éste existiera, a la sociedad, que es la interesada en la aplicación de las leyes, no le pueden faltar tribunales.

Perdóneseme la insistencia. Lo que sí no puedo explicarme, acaso por ignorancia, es el derecho, haciendo abstracción del de la fuerza, que pueda tener un particular, un empleado, una autoridad de cualquiera categoría que sea, para exigirle a un ciudadano que comprometa su palabra de honor, y que emprenda un viaje contra su voluntad, su conveniencia y sus intereses. Hablo en el concepto de que ese ciudadano goce de los derechos reconocidos por toda sociedad civilizada.

No es, pues, señor redactor, una cuestión de gusto la que me hace permanecer preso, sino una cuestión de justicia y de honor.

Sírvase usted, señor redactor, disimular esta molestia que, sólo por necesidad indeclinable, ocasiono a usted y deseo sinceramente que ésta sea la primera y última que tenga que darle su servidor.

*J. M. Patoni*

## GONZÁLEZ ORTEGA EN LIBERTAD POR ORDEN DE JUÁREZ

Ciudadano gobernador del estado de Nuevo León  
Monterrey

En el decreto de 8 de noviembre de 1865, y en las resoluciones de 16 de agosto y 24 de noviembre de 1867, se expusieron los fundamentos de lo que determinó el gobierno sobre la responsabilidad del ex Gral. don Jesús González Ortega, por haber permanecido voluntariamente en el extranjero durante la guerra en que la República defendió su independencia y sus instituciones.

Dispuso el Gobierno, en la resolución de 16 de agosto, reservar al Congreso de la Unión que conociera de la responsabilidad por delito oficial, fundada en que el Sr. (González) Ortega hizo abandono voluntario del cargo de Presidente de la Corte Suprema de Justicia en las más graves circunstancias de la guerra.

Respecto de la responsabilidad por delito común, fundada en que, teniendo el Sr. (González) Ortega el carácter de general del ejército, abandonó en las mismas circunstancias la causa de la República, una vez hecha ya la declaración de haber lugar a proceder, correspondía sólo al gobierno consignarlo al juez competente; pero, por las consideraciones expuestas entonces, dispuso también reservar este punto para que fuese resuelto después de la elección de Presidente de la República.

Como el Congreso, en el dilatado período de sus sesiones, se abstuvo de dictar ninguna resolución, estimó el gobierno que debía igualmente abstenerse de acordar alguna nueva providencia en lo relativo a los procedimientos por el delito común, respetando los motivos que para no resolver tuviera la representación nacional.

Cree el gobierno que entre esos motivos ha influido principalmente un espíritu de benignidad, esperando el Congreso la oportunidad de que,

por alguna medida general o especial, pudiera evitarse, en el caso del Sr. (González) Ortega, cualquiera procedimiento ulterior.

Si él entretanto permanecía en prisión, además de no ser esto injusto por los antecedentes de su responsabilidad, era también necesario por la posición en que él mismo quiso colocarse. Habiendo protestado repetidas veces que desconocía al gobierno y al Congreso elegidos por la nación, él mismo impuso la necesidad de que, mientras hubiera pretextos u ocasiones de trastornos, se precaviese que pudiera turbar la paz pública.

El gobierno ha indicado hace tiempo que, cuando no existiera aquel peligro, estaría dispuesto a resolver, como resuelve ahora, que el Sr. (González) Ortega sea puesto en libertad a reserva de que, si después el Congreso estimase todavía oportuno tomar en consideración el punto de la responsabilidad, tenga también el gobierno que determinar lo que corresponda en los procedimientos relativos al delito común.

Han terminado sucesivamente los trastornos ocurridos en Guerrero, Yucatán, Sinaloa, la Sierra de Ajusco y la de Querétaro, debiendo confiarse en que terminen dentro de poco los de la Sierra de Puebla. Asimismo puede esperarse que el Sr. (González) Ortega no desconozca ya la opinión pública que generalmente condena toda perturbación de la paz.

Por estas consideraciones, ha tenido a bien acordar el ciudadano Presidente de la República que se sirva usted mandar poner al Sr. (González) Ortega en libertad, para que pueda dirigirse a donde quiera residir.

Independencia y Libertad. México, julio 18 de 1868.

*(Ignacio) Mejía*

## JUÁREZ ORDENA LA LIBERTAD DEL GRAL. PATONI

Ciudadano gobernador del estado de Nuevo León  
Monterrey

Comuniqué a ese gobierno, en 6 de septiembre y 24 de noviembre último, lo acordado por el ciudadano Presidente de la República sobre lo que el Sr. don José María Patoni fuese puesto en libertad, debiendo venir a presentarse en esta ciudad.

Así quedó resuelto desde entonces por el gobierno en uso de sus amplias facultades, que no se procediese a más respecto del Sr. Patoni, previniéndole únicamente que viniera a presentarse en esta ciudad, para precaver cualquiera paso irregular a la salida de su prisión.

Como rehusó venir e insistió en desconocer al gobierno, reconocido y nuevamente elegido por la nación, siguió con tal motivo preso por un acto de su propia voluntad. No podía hacer más el gobierno en aquellas circunstancias, cuando todavía quedaban pretextos y ocasiones de trastornos públicos. Ahora que han terminado sucesivamente los promovidos en diversos lugares, no cree ya el gobierno necesario que venga a presentarse como se había dispuesto entonces. Por lo mismo ha tenido a bien acordar el ciudadano Presidente de la República que se sirva usted mandar poner en libertad al Sr. Patoni para que pueda dirigirse adonde quiera residir.

Independencia y Libertad. México, julio 18 de 1868.

*(Ignacio) Mejía*

## MANIFIESTO DEL GRAL. GONZÁLEZ ORTEGA AL SALIR DE LA PRISIÓN

Inútil me parece hacer aquí una relación de los sucesos que, relativos a mi persona con el carácter de Presidente de uno de los poderes supremos de la federación mexicana, han tenido lugar antes y después de que se expidieran los decretos de 8 de noviembre, antes y durante el tiempo de mi prisión, porque las circunstancias de todos ellos constan en piezas y documentos oficiales que han visto la luz pública.

Réstame, pues, sólo decir unas cuantas palabras a mis conciudadanos como la voz sincera de mi corazón y de mi cabeza, como la expresión íntima de mi conciencia, como el resultado de la libertad en que me encuentro y después de meditaciones profundas a la vista de hechos consumados, y en presencia de medidas imprescindibles que exigen los intereses de la patria y la paz de la República.

El día primero del presente mes se me transcribió la comunicación del gobierno general, fecha 18 del pasado julio, en la que se manda que se me ponga en libertad a fin de que pueda residir en el punto que yo mismo elija.

Como en la citada nota se insiste en los supuestos delitos de fuga y abandono perpetrados por el general y por el presidente de la Suprema Corte de Justicia, tuve que devolver la nota, preguntando, sólo de un modo verbal, si no obstante aquella medida, que el honor de la nación me obligaba a adoptar, podía hacer uso de la libertad que se me ofrecía, a la que me creía con derecho, puesto que sin razón alguna se me había arrebatado; y habiéndoseme contestado afirmativamente, me he trasladado a la capital del estado de Coahuila; había pensado hacerlo, para expedir este manifiesto, a alguna otra capital de los estados más céntricos de la República, pero accidentes casuales me han impedido realizar mi pensamiento.



Puesto en libertad, dueño ya de mis derechos, y en consecuencia con la facultad de emitir mis pensamientos y hablar a la nación en cumplimiento del deber que ella me impuso, lo primero que he hecho ha sido dirigir una mirada retrospectiva para examinar el pasado con relación al presente, y otra mirada a las actualidades para examinar en el presente los hechos que ha venido autorizando ese mismo pasado. Una y otra me han presentado esta evidente verdad: el orden de cosas establecido actualmente es un hecho consumado, que descansa en gravísimos y vastos intereses.

Instalados los Congresos, los Tribunales de Justicia y los gobiernos de todos los estados de la República, electos los ayuntamientos de todas las municipalidades de esos mismos estados, instalado el Congreso de la Unión, funcionando la Corte Suprema de Justicia de la República, ninguna voz se ha levantado protestando en nombre del pueblo contra la violación de la ley, contra los decretos de 8 de noviembre, contra la prisión del presidente de la Suprema Corte de Justicia, y si algunas voces aisladas, con todo relación a este último hecho, se han escuchado en la Cámara, han enmudecido poco después sin resultado alguno.

Casi todos los hombres eminentes del partido liberal están formando o han formado parte de la actual administración.

Las Legislaturas de algunos estados han grabado medallas, han formulado votos de gracias y expedido títulos de benemérito a favor del autor de los decretos de 8 de noviembre y todas sin distinción han llamado gobierno legítimo, gobierno constitucional, al que encabeza el autor de esos mismos decretos; títulos que le han dado también en la prensa y en la tribuna muchas de las notabilidades democráticas.

Acusado por mí, ante la representación nacional, el autor de los citados decretos, ella no quiso ocuparse de este negocio, y presenció indiferente, lo mismo que todas las autoridades de la nación, la prisión del presidente de la Suprema Corte de Justicia y, por mandato de la ley, Presidente interino de la República.

Los hombres que conmigo habían alzado la voz para defender las inmunidades de la ley, unos antes, otros después, y otros antes de última hora, han desaparecido para formar parte de la actual administración, o

para reconocerla tácita o expresamente.

A nadie acuso, ni ante el presente ni ante la historia. Narro hechos, cuyas causas, quizá graves y patrióticas, ignoro todavía, y los narro, porque ellos no sólo autorizan, sino que reclaman, en nombre de la patria, la conducta que voy a adoptar.

He quedado, pues, solo, absolutamente solo y sin más círculo que el que forma una conciencia tranquila, cuando según ella se ha llenado un penoso y difícil deber.

A esa misma conciencia he dirigido estas preguntas una y muchas veces. En medio de ese extravío general, propio de todos los hombres y de todos los pueblos, a la vista de tantos intereses creados por un poder tolerado por el pueblo bajo las formas o apariencias constitucionales y democráticas, y cuyos intereses no pueden ser destruidos sino entre arroyos de sangre, en presencia México de graves complicaciones diplomáticas con naciones poderosas, ¿es conveniente, es justo, es patriótico presentar mi individualidad, por el carácter oficial que obtiene, como un amago constante a la paz y al sosiego público? ¿Es conveniente, es justo, es patriótico retener títulos en nombre del pueblo, cuando ese mismo pueblo no ha querido salvarlos ni aun reconocerlos, no obstante hallarse establecidos legal o ilegalmente todos los órganos democráticos por medio de los cuales ha podido hacer valer sus derechos o de menos hacer escuchar su voz? ¿Es justo, es patriótico, es conveniente retener títulos que da la ley cuando la violación de ésta es un hecho consumado o tolerado por la nación misma, y cuando la retención de aquéllos, en las circunstancias presentes, pudiera traer la guerra civil, único elemento que ha dejado la representación del pueblo para salvarlos, guerra que acabaría tal vez con la nacionalidad mexicana? Silenciosa la voz de las pasiones, la conciencia ha contestado negativamente a esas preguntas.

Todas ellas importan un problema político y de actualidad, cuya pronta solución exige la época, reclaman los intereses de la República y me la encomiendan mi posición política, los hechos pasados y el afecto sin límite que tengo a mi patria.

Uno de dos extremos tengo que tocar para dar esa solución.

Lanzarme con la ley en la mano a la guerra civil, o abdicar de una manera patriótica y sincera los títulos con que la nación me ha investido. Entre estos dos extremos, ni un momento he vacilado en aceptar este último y más cuando esa aceptación me la imponen las razones antes expuestas, y no se me exige indirectamente entre las sombras de una prisión.

Me desprendo, pues, de los títulos y poderes constitucionales con que me han investido el voto de los pueblos y los preceptos de la ley, ya como Presidente Constitucional de la Corte Suprema de Justicia o ya como Presidente interino de la República; los renuncio y los vuelvo ilesos y sin mancha a esos mismos pueblos, cuando así lo exigen el poder de los sucesos pasados y presentes y la paz de la Nación.

Al volver a la oscuridad de la vida privada, acompañado del sosiego y de la tranquilidad (de) mi conciencia, después de una lucha tormentosa y dilatada, ningún embarazo tengo para quitar todo pretexto a la guerra civil, en reconocer, como reconozco, con mi carácter de simple ciudadano, a las autoridades y funcionarios actualmente establecidos, a fin de que, a la sombra del orden de cosas existente, pueda elaborar el patriotismo de los buenos mexicanos la paz, la libertad, el adelanto y el bienestar de nuestra trabajada República.

No un capricho antipatriótico, no una ambición poco noble e infundada me han hecho defender, con la fuerza de la verdad y de la razón y no con el poder de las armas, la causa aislada a cuyo lado me he encontrado hasta hoy. He defendido con lealtad lo que con juramento se me exigió que hiciera. El lleno de mis compromisos lo he creído absolutamente necesario al honor nacional. Además, siempre he visto, en el fondo de mi conciencia, que he defendido la mejor de las causas. La abdicó cuando la nación toda lo exige así, por medio de multitud de hechos que ha sancionado. Al abdicarla he adoptado el medio que va más en armonía con los intereses públicos.

Rectas, patrióticas y desinteresadas han sido mis intenciones; rectas, patrióticas y desinteresadas son hoy. Quiera el Dios del universo, que sabe mi sinceridad, hacer que ellas contribuyan a la felicidad del suelo querido donde me hizo nacer.

Me avergonzaría ante mí mismo, si alguna pasión innoble abrigara

en mi corazón, si en él diera cabida a algún resentimiento vulgar y mezquino contra los hombres y contra los sucesos; y más me avergonzaría cuando sé que el torrente de estos últimos casi siempre arrastra a los primeros por vías inusitadas, ignotas y hasta involuntariamente.

Mexicanos: os lo juro ante Dios, al dirigiros el complemento de mi última palabra oficial, ningún sacrificio omitiré, ni aun el de ir a buscar un asilo y una tumba extranjera, si esto fuere necesario, para que se realicen los votos que hago hoy por la paz de México. Ningún sacrificio esquivaré tampoco, si de ese sacrificio resulta a mi patria honra y prestigio en el interior, honra y prestigio en el exterior, honra y prestigio ante los pueblos ilustrados del mundo, honra y prestigio al presente, honra y prestigio ante la historia.

Saltillo, agosto 19 de 1868.

*Jesús González Ortega*

GONZÁLEZ ORTEGA OFRECE A JUÁREZ  
SALIR AL EXTRANJERO SI ES NECESARIO

Saltillo, agosto 31 de 1868

Sr. Lic. don Benito Juárez,  
Presidente de la República Mexicana  
México

Muy señor mío y de mi respeto:

Creo que habrá usted visto ya el manifiesto que publiqué en esta ciudad, con fecha 19 del corriente. Espero que la nación toda verá en ese documento que los conceptos vertidos en él son la sinceridad misma, porque, en su conjunto y sin atender a otros antecedentes, ellos mismos lo indican. Para corroborarlos no tenga usted duda que aceptaré cualquier encargo que tenga a bien confiarme el gobierno, siempre que él no me envilezca o degrade, de cuya propuesta no juzgo a usted ni siquiera capaz.

Si los sucesos o antes que éstos, usted mismo que tiene la esencia de los hechos, me indicaren que es necesario a la paz pública mi salida al extranjero, no tenga usted duda que la haré en el acto, así como todo aquello que tienda a realizar mi pensamiento. Si con esto hago un bien a mi Patria, estoy compensado suficientemente.

He pensado permanecer en esta ciudad hasta ver cómo recibe la opinión pública mi manifiesto, o quizá hasta que usted me conteste esta carta, y después retirarme al extranjero o a mi casa. Si antes de todo esto, alguna emergencia me obligare a salir al extranjero o retirarme a algún punto inmediato, lo avisaré a usted para que a cualquiera parte pueda usted con seguridad mandarme sus órdenes.

Dirijo a usted esta carta porque más tarde o más temprano tendré que entrar en relaciones, con el carácter de simple ciudadano, con el gobierno de usted y he creído conveniente principiarlas y más cuando de ellas puede resultar algún bien a los intereses públicos.

Soy de usted su afectísimo servidor q. b. s. m.

*Jesús González Ortega*

JUÁREZ CONSIDERA NO ES NECESARIO QUE SALGA DEL PAÍS

México, septiembre 14 de 1868

Sr. don Jesús González Ortega  
Saltillo

Muy señor mío:

He recibido la apreciable de usted fecha 31 del pasado y ya antes había tenido el gusto de leer el manifiesto a que hace usted referencia.

Creo, sinceramente, que ese documento ha sido dictado por un buen deseo y espero, por lo mismo, que será favorablemente acogido por el país, cansado ya de luchas estériles y ansioso como está de ver asegurados el orden, la paz y la tranquilidad.

No veo razón ninguna para que abandone usted el país marchándose al extranjero y ya en las disposiciones del gobierno se acordó que quedase usted en completa libertad para fijar su residencia en el lugar que fuese de su elección.

Agradezco a usted el ofrecimiento que me hace de sus servicios y. si llega el caso de utilizarlos, no será, como piensa usted muy bien, de una manera ofensiva a su dignidad personal.

Quedo de usted atento y seguro servidor q. b. s. m.

*(Benito Juárez)*

GONZÁLEZ ORTEGA  
SOLICITA SE LE PAGUE UN VIEJO ADEUDO

Saltillo, septiembre 9 de 1868

Sr. Lic. don Benito Juárez,  
Presidente de la República Mexicana  
México

Muy señor mío y de mi respeto:

Ha llegado a la guarda-rama del estado de Zacatecas y a algunas leguas de esta ciudad, una escolta que el señor gobernador de aquel estado ha mandado para mi seguridad, y han llegado, también, algunos vecinos del mismo estado de Zacatecas, con el objeto de proteger a mi persona. Esto no obstante, he permanecido en esta ciudad en espera del resultado de mi manifiesto por lo que respecta a la opinión pública y en espera también de la contestación de usted a mi carta de 31 del pasado. Ahora me he resuelto a continuar permaneciendo en este lugar hasta que usted me conteste ésta y, aun después de que eso se verifique, si con franqueza, como lo espero, me manifiesta usted que así conviene a la paz y a los intereses públicos.

No sé si mi manifiesto habrá tranquilizado los ánimos en el interior, pero como yo estoy dispuesto a llevar a su último término la realización de mi pensamiento, que es la paz, en todo aquello que de mí dependa, he pensado, para quitar todo pretexto y todo medio de alarma, salir al extranjero por el tiempo que sea necesario a fin de demostrar a mis conciudadanos, con hechos no sujetos a conjeturas, la sinceridad de los conceptos que estampé en mi manifiesto. Para realizar este pensamiento me faltan los medios, esto es, no tengo los recursos



necesarios para vivir en el extranjero, ni mucho menos para pagar las deudas que tengo pendientes en Zacatecas, siendo el origen de algunas de ellas las que dejó de pagarme el gobierno debido a las circunstancias; por lo mismo, desearía saber de un modo positivo si el gobierno está en disposición de pagarme la cantidad de \$ 15,000 y los réditos correspondientes a esta suma durante cuatro años a razón del 1½ % mensual. El premio parece excesivo, pero el hecho es que yo estoy pagándolo y aún hay cantidad de la que pago el 2%. Reclamo, pues, por justicia, el citado premio del 1½ %.

En Monterrey debió de haberse pagado esta cantidad, según me lo ofreció el Sr. ministro Iglesias, previos los certificados de entrega y demás comprobantes que recogió, asegurándome, según recuerdo, que el pago se haría a los dos o tres días en Monterrey, después del en que yo marchara a la Angostura a ponerme al frente de mi división. También recuerdo que usted tuvo conocimiento de esto. En Anhele supe que la suma no se había pagado y se me ofrecieron libranzas sobre Piedras Negras, que se acababan de recibir en la misma hacienda de Anhele, las que no quise aceptar.

El citado Sr. ministro Iglesias me extendió después, en Santa Rosa y en Chihuahua, los certificados respectivos para acreditar estas deudas, porque otras habían sido pagadas. Las primeras, esto es, las no pagadas, importan la suma de \$ 14,000 y pico, o 15,000 y pico, no tengo acuerdo en este momento de la cantidad exacta, y por lo mismo pongo en números redondos la cantidad de \$ 15,000.

Los certificados de que hago mención están en Zacatecas y como mi familia se halla actualmente en el Saltillo, no podré entregarlos en el acto y más si ni yo ni mi familia volvemos de pronto a Zacatecas; pero, caso de que el gobierno se resuelva a hacer este pago, extenderé un recibo comprometiéndome a entregar los dos certificados de que he hecho mención, firmados y sellados por el ministerio de Hacienda.

Espero que usted tenga la bondad de contestarme esta carta para mis cálculos sucesivos y admitir, al mismo tiempo, mi aprecio que con lealtad le ofrezco por muchas razones personales mías y otras de un

carácter moral, porque así lo exige el país en que ambos nacimos.

Soy de usted su afectísimo amigo y servidor.

*Jesús González Ortega*

## JUÁREZ NO ESTÁ CONFORME EN QUE SE PAGUEN RÉDITOS

México, septiembre 22 de 1868

Sr. don Jesús González Ortega  
Saltillo

Muy señor mío:

Después de mi anterior, fecha 14 del que cursa, he recibido la apreciable de usted de 9 del mismo, que me apresuro a contestar.

Por el ministerio de Hacienda recibirá usted una comunicación oficial en que se le manifiesta remita los documentos justificativos que tenga referentes al crédito de que me habla, a fin de acordar su pago en los términos más favorables que permitan las circunstancias.

En cuanto a los intereses, permítame usted que le diga que ja-más los ha pagado el gobierno, sino cuando ha estipulado esta condición anticipadamente en determinadas operaciones.

Es verdad que no se trata de una gran suma y que son relativamente de poca importancia esos intereses; pero el gobierno no puede establecer un precedente que alegarían con razón, para exigir igual pago, cuantos en lo sucesivo tuviesen reclamaciones pendientes contra el erario nacional.

Ya he dicho a usted, en mi carta anterior, contestando la que me escribió usted el 31 del pasado, que no veo necesidad ninguna de que salga usted del país y que puede usted fijar su residencia donde más le acomode y convenga a sus intereses.

Aprovecho esta nueva ocasión para repetirme, de usted, atento y seguro servidor q. b. s. m.

*(Benito Juárez)*

Minuta hológrafa con tachaduras y enmendaduras de Juárez.

EL SR. GONZÁLEZ ORTEGA  
CONVOCA PÚBLICAMENTE A SUS ACREEDORES

Saltillo, septiembre 17 de 1868

Sr. ...

Muy señor mío:

Hace cuatro años que, por causas bien conocidas en todo el país, no me ha sido posible ocuparme de mis negocios particulares ni aun del modo más insignificante. Hoy han cesado para mí aquellas causas; además, estando dispuesto a salir fuera de mi patria, por razones de conveniencia pública y por el tiempo que sea necesario, he creído conveniente dedicar unos cuantos días al arreglo de la parte más esencial de mis mencionados negocios, con el objeto de cubrir en todo o en parte las deudas que involuntariamente tengo pendientes. Por lo mismo, suplico a los señores que sean actualmente tenedores de libranzas o pagarés, firmados por mí o por mi mujer, se sirvan presentar dichos documentos o una razón de ellos a mi hermana doña María de Jesús, residente en Zacatecas, a fin de, previo el aviso que ella me dé, mandar hacer los pagos en todo o en parte y reponer los pagarés y libranzas, en la parte que no sea pagada, con otros documentos de fecha actual firmados de mi puño y letra.

Es de advertir que esta circular sólo tiene relación al estado de Zacatecas y muy especialmente a la capital de dicho estado, porque en ninguna de sus otras poblaciones tengo deuda alguna pendiente.

No tiene relación esta circular a tres pagarés que he extendido fuera de dicho estado, y a favor de personas que ni residen ni son vecinos de él. Respecto de estos documentos, ya he dado a mi familia las instrucciones correspondientes.

Toda libranza o pagaré que no se presente a mi citada hermana en el término de diez días, después del en que se reparta esta circular en la ciudad de Zacatecas, serán considerados por mí, o por quien me represente, como falsos y a sus tenedores como hombres de mala fe. Esta circular se publicará en los periódicos del Saltillo y Zacatecas.

El Sr. Lic. don Miguel Ruelas, mi apoderado para sólo negocios judiciales, hace un año que fue electo diputado al Congreso general y me comunicó que por este motivo ya no podía continuar ejerciendo mis poderes, a fin de desempeñar los honrosos que le confirieron los pueblos y de los que es muy digno. Por las razones antes expuestas, hasta hoy he podido remplazarlo. Mi ya mencionada hermana es por hoy quien ejerce mis poderes generales, y más tarde mi mujer, alguno de mis hermanos o la persona en quien se sustituyan aquéllos en la forma legal.

Ningún negocio judicial tengo hoy pendiente ni lo he tenido jamás, ya como actor o ya como demandado, a excepción del que me promovieron los Sres. Ceballos del comercio de Zacatecas durante mi ausencia de aquel estado, cuyo juicio concluyó sentenciándose en mi favor y condenando en las costas a la parte que me demandó.

Digo esto, porque ello importa una garantía para mis actuales acreedores, quienes lo han sido hasta hoy por circunstancias imprevistas y tan excepcionales, como son las que han pasado y que no ha estado en mi mano vencer.

No debe extrañarse lo inusitado del contenido de esta circular, si se atiende a lo excepcional de mi situación pasada, y hasta cierto punto a lo excepcional de mi situación presente.

Soy de usted afectísimo servidor.

*Jesús González Ortega*